



LA VIDA EN
UNA CAJA

Cientos de personas sin hogar duermen
cada noche en el asfalto de una ciudad que
ya no les ofrece sueños

Sor Virginia, que no puedo caminar, ¿no me ve que ando cojo?

El que habla es David, “un quejica” dice la monja.

Es alto y rubio, parece alemán, va bien vestido, bueno, bien no, normal, como cualquiera, como cualquier chico con el que uno se topa en la cola del supermercado o en alguna cafetería del centro. Tiene el pelo alborotado y esconde sus manos bajo las mangas de una cazadora vaquera con cuello de borreguillo, esas que ahora llevan los chavales. Él no sabe de modas, de youtubers, de influencers. David bebe para

olvidar y cuando termina de beber, vuelve a empezar a beber. La herida en la pierna se la hizo una noche, hace días, dice que no sabe cuando, ni cómo. Solo sabe que le duele, o eso dice él, pero Sor Virginia cree que es una excusa para no ir a la clase de huerto que tiene en una asociación, cerca de Embajadores.

- Legazpi está muy lejos, ¿cómo voy a ir así?, dice lamentándose.

Parece un niño justo antes de coger una rabieta

- ¡Yo lo dejo por imposible!, clama la Sor



El rubio, como todos le llaman, es uno de tantos que duerme en la calle día sí, día también. Una noche el Samur Social lo encontró tirado en una esquina. Lo llevó junto a la monja, dice que no sabe si se quiere marchar. Desde hace unos días comparten techo, vida.

El centro social Catalina Labouré se encuentra en mitad de Malasaña, en el

Madrid más de moda desde hace algunos años, últimamente también se deja caer por los bares de la zona la Reina Letizia. Ciudad de contrastes. Con la llegada del frío, comenta la Sor, han habilitado más plazas.

- ¿Las completáis todas?
- Uy, ¡si sobran! Aquí el que quiere comer, come, y el que quiere dormir, duerme. Otra cosa es que quieran.

Sorprende saber que hay plazas libres para las personas que viven en la calle, bajo una manta de cartón y sobre un colchón de adoquines o baldosas. Según el recuento que se hace cada dos años, hay aproximadamente ochocientas personas sin hogar viviendo a la intemperie, la mayoría varones. La mayoría con algún tipo de adicción.

La Sor mueve la cabeza. Tiene gesto amable aunque se intuye que cierto genio. Rondará los setenta años y camina a paso ligero. Pelo canoso, corto. Ni rastro de cofia. Recuerda más a la abuela de cualquiera que a una monja.

- La mayoría se gastan lo que tienen en alcohol, o en otras cosas... Algunos tienen ayuda, pero el segundo día ya se la han gastado. A mí me da rabia porque mucha gente colabora para ayudarles y al final se queda en nada.



Interior del Catalina Labouré

En el Catalina, como lo llaman todos, se respira un ambiente relajado. Algunos hacen bromas, otros ven la tele. Hay negros, blancos, y de todo. La mayoría sonríen. Todos tienen un pozo en la mirada.

Todos los bártulos están perfectamente etiquetados, los trocitos de vida que no se pierdan

Cuando llegan al centro se guarda todo lo que llevan en una especie de salita que hace las veces de consigna. Allí hay maletas con más calle que una acera, sacos de plástico, carritos de la compra y algunas mantas.

Todos los bártulos están perfectamente etiquetados, los trocitos de vida que no se pierdan. Es lo único que la mayoría tiene. La sala de reposo es donde duermen, un sillón reclinable, sobre él un par de mantas, y encima, una silla. Antes de dormir cada uno coloca su ajuar. Ese ajuar son sus catres.

Otras camas son más duras, esa es la verdad, y más frías. A unos pocos metros están los sintecho de Marcenado, los *homeless* que los llaman los modernos. Desde que la memoria es memoria están ahí. Con otras caras, con otros cuerpos. Las mismas camas. Al lado hay una academia de música. Las notas mecen los cuerpos revenidos de hombres cuya única pertenencia es su apellido. Cada vez son más los que ocupan el asfalto en una ciudad

que emerge tras la crisis dejándoles atrás. Son el poso insignificante que olvida la ciudad y que ya no recibe ni la mirada de desaprobación de las dos viejas que vienen de misa. Dos señoras peripuestas que pasan al lado de los cartones y que no reparan en la presencia de los fantasmas del suelo. La gente se ha acostumbrado a vivir con ellos.

Ángel vive en la Calle Tesoro, dice, que pasa siempre por delante de la academia porque le encanta ir al *Tiger* de San Bernardo.

Siempre los ve por ahí, cuando llegó de su Talavera natal, hace casi siete años, ya estaban, aunque no tiene

ni idea si son los mismos o han cogido el relevo. Camina ligero y, mientras se pelea con su espesa melena rizada. “Maldito viento” se queja. El barrio está lleno de gente como él, gente guapa aunque sea fea, gente bien, gente joven y gente vieja pero toda gente que se ha acostumbrado a convivir con los lémures del cartón.



- La mitad de los días viene alguno por aquí, les damos la tortilla que sobró del día anterior. A veces se quejan de que está seca.

Laura trabaja en El Encuentro, uno de los bares con más solera de la zona. Está lleno. “Esto siempre está lleno”, exclama. Es

colombiana, morena y lleva unas mallas ajustadas. Sonríe mientras dice que trabaja muchísimo, más de lo que le pagan.

- Hace años yo también me sentí un poco así, como ellos. No tan así, pero ya me entiendes. Vine sin nada y me busqué la vida. A mí me dan pena, pero algo podrán hacer ¿no?

“Algunas personas viven dentro de su propio bucle, es muy difícil salir de eso” dice la Sor. Si no hay nada por lo que luchar se acaba la lucha. “El rechazo de la familia es uno de los factores determinantes en el declive personal de estas personas” apunta la trabajadora social del Catalina, “pero hay que entenderles, algunos han pasado por mucho”.

Según cuenta, el rechazo inicial de los seres queridos es lo que lleva a la caída en picado de muchos sinhogar, luego la barrera es el orgullo. No pedir ayuda, no aceptar limosna, no afrontar la realidad en la que se ha convertido una vida es un detonante para seguir pernoctando en el frío suelo. La vida así es dos veces menos vida.

“No sé ayudar a los que no se quieren ayudar a sí mismos”

- Yo no quiero decir solo lo malo, hay muchos que lo intentan y lo consiguen. Nosotros tratamos de ayudarles.

Sor Virginia no puede disimular el gesto de angustia. Los adora, eso se ve, y también lo dice ella. Pero disimula, no quiere ser la bandera de nada. Quiere ser franca. Algunos, bastantes, no quieren ayuda, quieren que se les deje en paz. “Hace poco encontraron a uno ya viejito, lo llevaron a una residencia y él no se quería quedar. Le obligaron a quedarse allí. Yo eso lo veo bien, vamos, es por su bien”. No puede ocultar cierta impotencia cuando habla del tema. Dice “no sé ayudar a los que no se quieren ayudar a sí mismos”

Mientras, afuera, ha empezado a llover, las terrazas se quedan vacías mientras los clientes recogen sus *smoothies* de siete euros y corren a refugiarse a la barra del bar. Suena el timbre.

- ¿Puedo quedarme un rato aquí?, pregunta un hombre menudo con un charco de agua en sus hombros.

- ¿Tienes tarjeta? Si no tienes te puedes quedar un ratito, ¿quieres algo de comer?

Y los ojos de ese hombre abrazan a la Sor.

Silvia Nistal